mento. Al contrario, la enfermedad endémica que en él se combate, ha crecido con las revoluciones políticas en proporciones tan asombrosas, que el autor de las *Escenas* encuentra hoy extremadamente pálidos los colores que empleó entónces para pintarla.—No lo parecieron, sin embargo, tales, en aquella época, al censor del periódico, el Rmo. P. maestro fray Miguel Huerta, Vicario general de San Agustin y predicador afamado, de quien por otro lado no tiene el autor motivo alguno de queja, ántes bien de agradecimiento por su tolerancia, ilustracion y deferencia. —En este artículo, sin embargo, creyó ver demasiadas alusiones á las intrigas cortesanas, y suprimió párrafos y episodios que lo dejaron áun más descolorido. Si el autor los hubiera conservado, procuraria colocarlos de nuevo en su lugar propio, marcándoles bien, para que fueran testimonio fehaciente de la miseria de la época, de la suspicacia y meticulosidad que infundia hasta en los hombres más ilustrados y tolerantes, como el R. P. Huerta. — En defensa personal de este respetable religioso, arrastrado despues en las revueltas políticas á los bandos militantes, y cuya existencia ó paradero ignora, debe el autor decir que, así en esta como en alguna otra ocasion, en que creyó oportunas alguna correccion ó supresion, le llamó y procuró convencerle de la necesidad, á vueltas de cumplidos elogios de sus escritos; y éste, que respetaba en él la ilustracion, la autoridad y el buen deseo, no tenía el menor inconveniente en suscribir á las menores insinuaciones de tan benévola censura.

UN VIAJE AL SITIO.

« Comme on voit au printemps la diligente abeille
Qui du butin des fleurs va composer son miel,
Des sotisses du temps je compose mon fiel. »

BOILEAU.

Muy agradable es el viajar, pero lo es áun más el contar el viaje; mi inclinacion me llamaba á lo segundo; tuve que verificar lo primero. *El viaje por mis faltriqueras,* de cierto autor, el que hizo otro *alrededor de su cuarto,* y áun el de *un curioso por Madrid,* me parecieron estrecho límite y apocada resolucion, si bien no me determiné, como alguno, á viajar por todo el universo desde mi escritorio. Quise, en fin, moverme en cuerpo y alma, y la primera duda que me ocurrió fué el saber adónde iria.

Parecióme por de pronto conveniente el dar vuelta al globo, para cerciorarme de que su figura tiene más de oval que de esférica, y venir á dar á mis lectores tan agradable nueva; pero la dificultad de hallar carruaje de retorno, me disuadió de mi intento; despues pensé en atravesar de parte á parte el Imperio chino, para fijar decididamente las dimensiones de la gran muralla; más tarde

quise ir á buscar el paso entre América y Asia, con el objeto de establecer allí un portazgo; por último, me decidí á marchar á Aranjuez, y gracias á Dios y á mi constancia lo llevé á cabo y estoy ya de vuelta. (Aquí el *Curioso Parlante* saluda con agrado á toda la sociedad de *curiosos oyentes*, y prosigue de esta manera su narrativa.)

Prolijo sería mi discurso si hubiera de darle principio contando por menor las dilaciones que hube de sufrir para proporcionarme asiento en la diligencia; tampoco hablaré de las que me ocasionó la saca del pasaporte y demas preparativos del viaje; ántes bien, dándolas todas por vencidas, me plantaré de un salto en el punto y hora de partida.

El reloj de Nuestra Señora del Buen Suceso sonaba majestuosamente las cinco y cuarto de la mañana, cuando yo atravesaba precipitado la Puerta del Sol con direccion á la casa de postas de donde sale la diligencia. Los viajeros y viajeras iban reuniéndose, mostrando aún en sus semblantes la impresion de la almohada, agradablemente interrumpida en algunos ménos curiosos con tal cual ligera pinta de chocolate en la parte más saliente de la nariz, ó algun trozo de barba ménos afeitado que el resto, efectos todos de la premura del tiempo. Las maletas respectivas, las sombrereras y los sacos de noche iban siendo colocados en sus respectivos departamentos, los mozos concluian de enganchar el tiro, y los briosos caballos

«Probaban sus herraduras
En las guijas del zaguan.»

Las portezuelas de las tres divisiones, berlina, interior y rotonda, se abrieron en fin, y todos los interesados fuimos tomando posesion de nuestros respectivos asientos; los adioses, los encargos se cruzaban en todas direcciones, y al decir el mayoral:—«¿Hay más?»—suena el reloj la media, ciérranse las puertas, silba el látigo, y rodando la inmensa mole, sale del patio haciendo temblar el pavimento.

Mi posicion en aquel instante era la más lisonjera; hallábame en el interior del coche y en uno de sus ángulos; enfrente tenía una jóven muy linda, y el otro rincon le ocupaba una señora como de treinta, hermosa y elegante; el centro de ambas damas y del testero daba lugar á un finchado caballerito, que despues averiguamos ser esposo de la primera; un señor de edad y un jóven formaban conmigo el otro triunvirato.

La frescura de la mañana, la perspectiva del rio, y la alabanza del establecimiento de diligencias, fueron los objetos de las primeras palabras; pero bien pronto la conversacion se hizo más animada, más franca, y casi todos dejamos entrever los lisonjeros proyectos que hervian en nuestras cabezas. Fué la primera en tomar esta iniciativa la señora elegante, ostentando cierto aire de alta sociedad y dando á sus palabras el giro más afectado. Los sucesos de buen tono, las intrigas, las bodas, los rompimientos entre las personas más marcadas, eran contínuo pábulo á su discurso, y los nombres más estupendos salian de su boca con cierta familiaridad consanguínea ó amical. Todos la saludamos en nuestro interior como duquesa, ó por lo ménos condesa.

No así la otra dama, que ya fuese porque la locuacidad de la primera no la dejaba meter baza en la conversacion, ya porque un exceso de penetracion femenil la hiciese dudar de la alta clase de nuestra amable parladora, la dirigia ciertas miradas escudriñadoras *desde el alto copete al pié pulido;* escuchaba cuidadosamente sus palabras, y de vez en cuando se descolgaba con tal cual preguntilla capciosa, sin duda con el piadoso fin de pillarla en algun re-

nuncio; pero no la fué posible, porque la incógnita, firme en su posicion, la devolvia un diccionario de expresiones altisonantes, y una floresta entera de anécdotas *auténticas* de todo lo más notable de Madrid; por último, para hacer mayor nuestro asombro, empezó á hablarnos de Lóndres y París con tales pelos y señales, que ya no pudimos ménos de convenir en que todo el mundo era suyo y que teniamos delante una de las primeras notabilidades de la monarquía.

Nuestras atenciones redoblaban á medida que ella se encumbraba, y muy luégo vino á ser la reina de la diligencia; negábala solamente el tributo de admiracion la otra dama, y para hacerla sentir más su indiferencia, llevaba casi constantemente la cabeza fuera de la ventanilla: tanto prolongó esta situacion, y tanto me chocaba que nunca mirase al camino que teniamos delante y sí al que dejábamos andado, que no pude ménos de asomar yo tambien la cabeza; pero la prudencia me hizo volver á retirarla, pues, aunque ligeramente, noté una mano masculina con guante amarillo que salia de la rotonda y ayudaba á mi graciosa compañera á bajar la persiana.

El esposo, en tanto, metiendo la barba en el corbatin, rizándose el cabello, inflando los carrillos y fumando en luengo cigarro, nos contaba la calidad de las tierras por donde pasábamos; los apellidos, títulos y conexiones de los personajes á quienes pertenecian (todos, por supuesto, amigos suyos), y áun amenizaba su narracion con algun rasguño de las costumbres de Getafe y Valdemoro, que podria muy bien alternar en esta relacion, si ella no fuese ya de suyo harto fastidiosa.

El jóven de mi izquierda, que por confesion propia supimos ser un pretendiente veterano que pasaba al Sitio con el objeto de activar eficazmente sus solicitudes, vió el cielo abierto cuando notó que le escuchábamos, y sin

tomar aliento, nos contó la historia de sus derrotas en todos los ministerios, nos encareció sus méritos, y fijándose en las oficinas por donde ahora pretendia, nos hizo ver casi palpablemente la injusticia que era el no haberle colocado cuando ménos de jefe de alguna de ellas. El señor *del humo* escuchaba con aire importante su relacion, acogia sus quejas, ayudaba sus sátiras, y ofrecíale su alta proteccion: seguro ya de su benevolencia nuestro pretendiente, quiso atraerse la del pacífico anciano que estaba al otro rincon, y empezó á dirigirle la palabra; pero éste sólo le contestaba con cierta sonrisa, ni bien irónica, ni bien satisfactoria, ó con palabras, como «*tal vez, ya se ve, puede ser*»; que desconcertaron al satisfecho jóven, poniéndole de muy mal humor.

Por mi parte, ocupado casi exclusivamente en escuchar la brillante narracion de la hermosa incógnita, oia con indiferencia todo aquel diálogo; y ella, á quien no pudieron ménos de llamar la atencion mis miradas, mi silencio y mi expresion, quiso persuadirme de que su corazon no era de hielo, y cesando súbitamente en su interesante parla, fió á sus hermosos ojos el oficio que hasta entónces habia desempeñado tan bien su lengua. Este nuevo intérprete no era ménos expresivo ni ménos fuerte que el primero, y..... forzoso será confesarlo, pero mi turbacion creció hasta un punto indecible. La casadita fué la primera que lo advirtió, ó por lo ménos que dió á entender que lo habia advertido, importunando nuestra misteriosa correspondencia con sonrisas y miradas; quise, pues, hacerla callar, y asomé la cabeza por la ventanilla, mirando á la rotonda y sonriéndome tambien, con lo cual cesó de mezclarse en nuestras relaciones, y se cuidó solamente de componer su persiana de tiempo en tiempo.

Llegados á la parada en donde habiamos de mudar segunda vez el tiro, descendimos casi todos, y pude reco-

nocer los demas personajes que ocupaban los distintos compartimentos del coche; yo dí la mano á la hermosa para bajar, y me disponia á improvisar mi añeja declaracion, cuando otra de las señoras bajada de la berlina, y á quien oí nombrar la *marquesa*, la llamó aparte, y siguieron en conversacion todo el rato, con lo que ya no me quedó duda de que ella sería otra tal. La señorita casada no habia querido bajar, hasta que se presentó á la portezuela un jóven buen mozo, que la ofreció una mano, cubierta aún del anteado guante, y descendió. El mayoral llamó á poco rato á volver á ocupar el coche, y por uno de aquellos movimientos que una mujer diestra sabe dirigir, mi diosa halló el medio de ocupar el lugar enfrente del mio; y aunque la otra quiso replicar, no se atrevió, y hubo de sentarse al otro lado.

No hay necesidad de decir que desde entónces nuestra correspondencia no era ya telegráfica, pues algunos *apartes* diestramente ingeridos á favor de la conversacion general formaban la nuestra particular. Ocurriósela en esto á mi amable interlocutora sacar el brazo para arreglar la ventanilla, y en el momento..... ¡oh sorpresa.....! una mano extraña la retiene..... el primer movimiento fué manifestar su enojo; pero yo, que eché de ver la equivocacion, la advertí prontamente, y con una ligera seña todo lo comprendió, así como la interesada, que yacia en el otro ángulo del coche. Rápida comunicacion que sólo cabe en una mente femenil.

La campiña, en tanto, habia variado mágicamente de aspecto; á las áridas llanuras, al suelo ingrato y desnudo, habian sucedido frondosas arboledas, valles encantadores; el ruido de los arroyos, el canto de los pájaros, formaban una cadencia lisonjera; corpulentos árboles sombreaban el camino; el aroma de las flores llegaba hasta nosotros; los puentes y pilares anunciaban la proximidad del Sitio,

y nuestros corazones iban ya experimentando la dulce embriaguez que el ambiente de Aranjuez inspira. El jóven marido excitaba á su esposa á contemplar aquella maravilla; pero ella manifestaba con su indiferencia que la llanura pasada la habia sido más grata; el pretendiente redoblaba sus atenciones con todos ménos con el anciano, que sufria con paciencia sus impolíticos movimientos, y en cuanto á mí, sólo me ocupaba del objeto que delante tenía.

Tal era nuestra situacion cuando entramos en el puente sobre el Tajo; multitud de curiosos nos dirigian sus anteojos y sus saludos; y nosotros, cual otros Anacharsis, les haciamos conocer en nuestras miradas la superioridad de recien venidos. Paró el coche para reconocer los pasaportes, y todos tuvimos que dar nuestros nombres.—«Señor don *Preciso Neceser* y su esposa.»—Servidores de usted, dijo el marido.—«Sr. D. Fulano de Tal.»—Presente, contesté yo.—«Sr. D.....»—Aquí está, prorumpió el anciano.—¡Cómo! ¿es posible? (exclamó reprimiéndose el jóven y llamándome aparte). ¡Desdichado de mí! ¡Con quién me he ido yo á indisponer! ¡Si es precisamente el director que ha de proponerme para el empleo.....!—Vea usted, le repliqué yo, uno de los inconvenientes de la diligencia.—«Señora Marquesa de..... y su criada», continuó el de los pasaportes.—«Aquí», gritó la señora de la berlina; «la criada está en el interior.»

¡Rayo del cielo fué á mis oidos esta voz! Todos lo conocieron; el marido sonreia, la esposa gozaba de la humillacion de su antagonista, la miraba con cierto aire de triunfo, y áun la devolvió el abanico frunciendo los labios y limpiándose las manos. Hasta el pobre pretendiente se consideró con derecho á divertirse conmigo, diciéndome al oido:—Amigo, vea V. otro de los inconvenientes de la diligencia.

En tal difícil situacion seguimos hasta la fonda de la

Flor de Lis, donde hicimos alto y descendimos; la criada habladora siguió á su ama despues de haber recibido saludos irónicos de todos los compañeros; el pretendiente cabizbajo se deshacia á cortesías con el anciano, que respondia con su natural indiferencia; yo me retiré al primer corredor de la fonda y ocupé uno de los cuartos; pared por medio dió fondo el matrimonio consabido, y más allá el caballero del guante; con lo cual pensamos todos en descansar, lavarnos, vestirnos y esperar la hora del paseo.

Sabido es que despues del mediodia, la reunion del buen tono es en la fuente de la *Espina* del jardin de la Isla; allí dirigí mis paseos, saboreando, durante la travesía por el jardin, el aire embalsamado, el canto armonioso de las aves, la hermosa vista de las flores, el ruido de las fuentes y cascadas, y la delicia, en fin, del hermoso sitio de quien decia Lupercio :

«La hermosura y la paz de estas riberas
Las hace parecer á las que han sido
En ver pecar al hombre las primeras.»

Entrando en la plazuela de la fuente, vi sentadas las damas bajo los templetes que la decoran, y una multitud de elegantes en pié formando grupos y dirigiendo sus miradas á las más hermosas. La conversacion era poco animada; la escena nada vária, y sólo crecia un tanto cuanto en interes cuando entraban nuevas señoras en aquel recinto; fijábanse en ellas todas las miradas; las ya sentadas se hablaban en secreto; los caballeros rodeaban á los recien venidos que las acompañaban, les hacian preguntas de cómo habian dejado la capital, qué tal habia salido la ópera nueva, cómo estuvo el baile de..... y luégo los nuevos preguntaban á los antiguos sobre las cosas del Sitio.

«Y bien, Marqués, ¿qué vida llevais aquí? — Chico, nada, como ves; una vida muy *circular*.— Pero ¿y los jardines.....? —Hermosos, pero yo no he pasado aún de aquí. — ¿El teatro? — Insoportable. — ¿Los toros?— ¡Bah!.....—¿Las tertulias?—Aquí no hay tertulias; ya te lo digo, esto *es secarse*.—Por lo ménos, las jiras de campo.....—Nada ménos que eso; quince dias há que en casa de..... pensamos en hacer una partida de campo *en borricos;* pero todavía no nos hemos determinado á madrugar una mañana.—¡Pues yo os creia más dichosos!— ¡Ah! ¡Los dichosos sois los que estais en Madrid!»

Por supuesto, debe creerse que en aquel recinto hallaria yo á todos mis compañeros de viaje; que saludé respetuosamente al anciano; que no pude ménos de sonrojarme al ver á mi brillante conquista detras de la Marquesa; que al encontrar en la plazuela al matrimonio mi vecino no tardé en mirar á lo léjos el satélite de aquel planeta. —¿Quién es ese sujeto? — le pregunté á un amigo que habia hablado al marido.—Este es un D. Nadie, que en todas partes se cree indispensable, porque las gracias de su esposa le atraen muchos amigos, que él los toma por suyos.—¡Cuántos hay como él, de quien nadie hablaria si no fuera por sus mujeres!—Entónces le conté todo nuestro viaje, y no pudimos ménos de reir juntos.

Salimos por fin de la plazuela, y atravesando el jardin, sólo hallamos de trecho en trecho algun corro de señores mayores hablando de asuntos graves, parándose cada momento, y siguiendo á lo léjos á sus respetables consortes, que iban reconociendo lentamente los mismos sitios en que medio siglo ántes habian recibido acaso el primer flechazo de amor.

Retirado á mi posada, tuve que contentarme con una comida mal condimentada y peor servida, y por la tarde salí al paseo de la *calle de la Reina*, que era á aquella hora el punto de reunion. La misma escena que por la

mañana, aunque en distinto teatro. Todas las damas sentadas á lo largo del enrejado de los jardines; las conversaciones no hay por qué repetirlas: — «¿Quiénes han venido en la diligencia esta mañana?—¿Quién es ese que ha pasado?—¿Y por qué Fulana no va con.....?—¿Han *tronado?* —¿Y N..... tiene *plan* con esa que acompaña?» Y así de los demas. Nosotros, por nuestra parte, nos dábamos la posible importancia: hablábamos alto, con estudio, y no mirando al que dirigiamos la palabra; saludábamos con elegancia y haciendo una cuidadosa distincion segun la jerarquía ó *notabilidad* de la persona saludada; y si podiamos pillar del brazo á un *entorchado* ó una *llave dorada*, ¡qué ufanos y qué orondos nos paseábamos entónces!

Cansado, en fin, de esta pantomima, me retiré, y despues de la funcion del teatro, donde no tuve tampoco motivo de gran satisfaccion, volví á mi posada tranquilamente. En el cuarto inmediato al mio habia visto luz, y de cuando en cuando oia el ruido de las botas de alguno que paseaba por el corredor, con lo que me persuadí de que el D. Preciso tomaba el fresco: convencíme más y más de ello, cuando de allí á un instante miré abrirse la puerta de mi habitacion y entrar al mismo; sin embargo, mi imaginacion es rápida, y no pude dejar de notar que no traia botas.

—¡Ah, buena maula! exclamó alborozado al verme: ¿Con que V. es el *Curioso Parlante?*

—¿Quién? ¿Yo?

—Vamos, no hay que hacer la deshecha, que lo sé de buen original y ademas soy suscritor á las *Cartas Españolas;* ¡ay, amigo! y ¡qué artículo tan bello me prometo ya sobre vuestro viaje! artículo *cómico*, ¿no es verdad? (y la risa interrumpia sus exclamaciones). ¿A qué sale allí á relucir aquel pobre hombre pretendiente, y aquel personaje incógnito, y V. tambien, ¿no es así? ¿con sus amores con la dama habladora, que luégo salimos con que

era una criada? ¿Y mi mujer? ¿Qué dirá V. de mi mujer y de mí? ¿Soy yo tambien persona que *hace?*

—No, amigo mio (interrumpí con cierta sonrisa); usted es la *que padece.*

Un ligero ruido en la puerta inmediata vino en este momento á llamar nuestra atencion; levantámonos, salimos al corredor, vimos entreabierta la puerta, abrímosla del todo, y hallamos al caballero consabido, que en aquel momento acababa de entrar, y á la señora, que sentada junto á la ventana escuchaba sus palabras; el primer movimiento fué el de la turbacion; pero recobrando el mancebo su serenidad, expresó que sólo una equivocacion de la puerta de su cuarto podria haber sido causa..... Entónces ella se explayó en demostrarnos lo fáciles que eran estas equivocaciones de noche, y yo defendí con teson tan excelente idea, con lo cual el esposo se dió por satisfecho y á guisa de hombre de buen tono hizo los debidos ofrecimientos al vecino; éste por su parte correspondió con toda la cortesía de un caballero, y yo, sin pensarlo, tuve que terciar en la relacion de gentes que debian conocerse y apreciarse.— La conversacion se animó; el Adónis nos ofreció su valimiento y conexiones en el Sitio, nos invitó á ver todas sus curiosidades, aceptamos, y de allí en adelante no nos separamos ya ni para ver la casa de Labrador, ni en la de la Monta, ni en el Cortijo, ni en el Molino, ni en el Riajal.

Pero bien pronto esta vida monótona, que se repetia exactamente todos los dias, comenzó á fastidiarme, y para que no concluyera por hacerlo del todo, tomé la determinacion de regresar á Madrid. Subí de nuevo en la diligencia y..... mas no quiero contar lo que me pasó á la vuelta, porque sería repetir lo ya dicho; como que en situaciones semejantes las escenas se parecen unas á otras.

(Junio de 1832.)